
ALEKSANDR LURIA, EL SHOSTAKOVICH DE LAS NEUROCIENCIAS¹

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

ABSTRACT. Aleksander Romanovich Luria is the best known (along with Lev Vigotsky) of the twentieth century Russian Psychologists. As a young man he adheres to Psychoanalysis, corresponds with Freud until 1927, and settles the Russian Psychoanalytic Society. In 1928, due to political dictations, he is forced to renounce and to criticize his psychoanalytic positions and to follow the official Pavlovian paradigm. In 1950, he was again obligated to “self-criticize” his epistemic stance in Neurosciences. His position held a two-fold style in the making of science: “normal” and “romantic,” the latter the one he wished for, leaving two passionate examples of clinical cases filled with detailed descriptions: one amnesic by cerebral lesion and one hiperamnesic. (One very close, according to his own words, to J. L. Borges’ “Funes el memorioso”). It is sustained here that, besides the real existence of both cases, those presentations are larval forms of an autobiography where Luria shows the “memory dangers” in an oppressive regime that forced him to abandon in public his theoretical and clinical standpoints, the same ones he never ceases to adhere to in private. In this sense, a comparison can be made with Dmitri Shostakovich, the musician who lived two parallel artistic existences, an “official” and obedient one, as well as one “authentic”, where it is shown a concealed disobedience.

KEYWORDS. Luria, Neurosciences (history of), Psychoanalysis, Freud, censorship, memory, oblivion, amnesia, hiperamnesia, Soviet Psychology.

1. PRESENTACIÓN DE A. R. LURIA

En la amplia bibliografía sobre la memoria y el olvido destaca el encuentro con un autor que ha escrito dos notables y vívidas historias clínicas de trastornos de estas funciones. Aunque hoy relativamente desconocido, “olvidado” diríamos, aludiendo a la “amnesia” que las ciencias imponen sobre su propia historia, Aleksandr Romanovich Luria (1902-1977) fue un celeberrimo psicólogo y neurocientífico ruso (“soviético” se decía en sus tiempos) que mostró dos sorprendentes casos, posiblemente paradigmáticos, tanto del déficit como del exceso de la función de recordar y de su correlato, el olvido. Son los casos de Sherashevsky (Sh., el mnemonista) y

Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México. / nabraustein@laneta.apc.org

de Zazetsky (Z., el amnésico), de los que nada sabríamos sin los pormenorizados detalles que de ellos nos dejó el famoso psicólogo, el representante más renombrado en su época de la psicología de su país, que nació en Kazán, la capital de Tartaria. Creo que la presentación de los casos de Luria requiere comenzar por el autor, Luria mismo, como caso. Que no se extrañe el lector si encuentra que este artículo tiene la estructura de una novela policial clásica, un *whodunit*, en el estilo que popularizó, en los años cuarenta el también hoy casi olvidado Ellery Queen (quien, a su vez, era muy misterioso, tanto que nunca existió, pues su nombre era sólo un seudónimo que amparaba a dos escritores estadounidenses —Dannay y Lee— nacidos ambos en 1905 y creadores en conjunto tanto del detective como del autor de los libros que conocieron una fama efímera, la de Ellery Queen y sus casos “misteriosos”). Dos casos, pues, que se hacen tres cuando se incluye a su cronista.

Comenzaré por darles la palabra a los historiadores y por ofrecer al lector, a través de ellos, dos referencias bibliográficas amplias, muy distintas entre sí, sobre la vida del célebre investigador de la “actividad nerviosa superior”, como se decía en sus tiempos. Reproduciré, por discutible que esto pueda parecer, dos notas de diccionario; ellas servirán como imprescindible introducción para “conocer” al autor de los dos casos que mencioné.

Vayamos primero a la nota que firma O. L. Zangwill, profesor emérito de Psicología Experimental en la muy británica Universidad de Cambridge y que publica su rival, la de Oxford, en el *Oxford Companion to the Mind*². (mi traducción, como a todo lo largo de este texto).

Luria, Aleksandr Romanovich (1902-1977). Psicólogo soviético, probablemente el único que llegó a ser ampliamente conocido fuera de la URSS después de la Segunda Guerra Mundial. Judío por sus orígenes, nació en Kazán; se educó en la universidad de esa ciudad y se graduó en ciencias sociales, a pesar del deseo de su padre, que hubiera querido que fuese médico, cosa que, de hecho, sucedió varios años después cuando su carrera en psicología sufrió una detención inesperada. Su interés por la psicología se desarrolló con rapidez y, siendo aún estudiante, tuvo la osadía de fundar un círculo psicoanalítico en Kazán, que atrajo la atención del propio Sigmund Freud, si bien, posteriormente, rechazó el psicoanálisis.

En 1925, Luria fue designado en un puesto secundario en el Instituto de Psicología de Moscú, donde desarrolló un ambicioso proyecto de investigación, de los efectos de la tensión emocional sobre las reacciones motrices de los humanos registradas en condiciones experimentales controladas. Esta labor continuaba en cierto modo el trabajo experimental de I. P. Pavlov acerca de las neurosis experimentales en perros, aunque debe hacerse notar que, si bien Luria sentía un gran respeto por Pavlov como fisiólogo, nunca aceptó su idea de que la compleja conducta humana pudiera llegar a ser explicada en

términos de reflejos o de reflejos condicionados. (Su rechazo a esta idea le provocó ulteriormente serias dificultades y estuvo a punto de llevar su carrera a un final intempestivo.) Luria expuso sus hallazgos experimentales en un voluminoso libro que se publicó en traducción al inglés con el título de *La naturaleza de los conflictos humanos* (1932).

En 1924 Luria conoció a León S. Vygotsky (1896-1934) ... debido en buena medida a su influencia, Luria estudió con éxito la carrera de medicina y en 1941 fue llevado (*he was pressed into service*) a prestar servicios como oficial médico con responsabilidades especiales en la evaluación y rehabilitación de los soldados que tenían heridas y lesiones cerebrales. Su pasada formación como psicólogo y su conocimiento más reciente de la lingüística le permitieron idear ciertos métodos sencillos y efectivos para evaluar los déficit de las funciones psicológicas superiores y para rehabilitar a los pacientes cuando ello era posible. Este trabajo fue posteriormente desplazado hacia el Instituto de Neurocirugía de Moscú y Luria siguió trabajando allí hasta 1950, cuando fue repentinamente destituido de su cargo, al parecer por razones ideológicas, en particular por su escaso entusiasmo por la teoría y por los métodos pavlovianos. Afortunadamente fue repuesto en sus funciones algunos años después y pudo regresar a los estudios de neuropsicología que prosiguió prácticamente hasta su muerte.

Luria fue un prolífico escritor y muchos de sus libros y artículos han sido traducidos a muchas lenguas. Su autobiografía póstuma, *The Making of Mind: a Personal Account of Soviet Psychology*, ofrece un relato breve pero evocativo de su vida y de su obra...

La segunda referencia a la vida de Luria, muy diferente dado su origen, proviene del *Dictionnaire de la Psychanalyse*, publicado por Elisabeth Roudinesco y Michel Plon³. Allí leemos:

Luria Aleksandr Romanovitch (1902-1977). Médico y neuropsicólogo ruso. Nacido en Kazán, A.R. Luria hizo estudios de medicina antes de orientarse hacia la psicología. Apasionado por la ciencias sociales y por el socialismo utópico, inició una correspondencia con Sigmund Freud a la edad de 19 años y, en marzo de 1922, decidió fundar la Sociedad Psicoanalítica de Kazán, compuesta por una mayoría de médicos y en la que participaban siete mujeres —cosa rara en esa época; esta sociedad se integró poco después con la su similar de Moscú para transformarse en la Asociación Psicoanalítica Rusa...

También en 1922, Luria comparó la doctrina psicoanalítica y sus métodos con las teorías reflexológicas de Vladimir Bejtérev (1857-1927) y llegó a la conclusión de que ambas escuelas podían aproximarse en el terreno de un materialismo que les era común. En el otoño de 1923 se instaló en Moscú y colaboró aún más en el desarrollo del movimiento psicoanalítico ruso publicando varios artículos informativos en el *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse...* En 1925, junto con su amigo Lev S. Vygotsky, redactó un prólogo a la traducción al ruso de *Más allá del principio del placer*.

Participó después en las discusiones que enfrentaron a los freudomarxistas y a los antifreudianos acerca del materialismo del psicoanálisis. Desarrolló entonces la idea de que el psicoanálisis podía integrarse en un sistema de psicología "monista". Soñaba con erigir un puente entre esta nueva ciencia del psiquismo y la psicología experimental. Su última contribución al psicoanálisis data de 1928...

El artículo del diccionario de Roudinesco nos permite saber del entusiasmo de Luria por el psicoanálisis antes del asentamiento definitivo de Stalin en la cúspide del poder soviético (1928) tras el desplazamiento definitivo de Trotsky y sus otros rivales. Estas dos referencias son, sin embargo, incompletas en el punto que más nos interesa y conviene recurrir a otra más, la de Oliver Sacks ⁴, el famoso neurólogo, entusiasta admirador —también podríamos decir discípulo o continuador— de A. R. Luria. La primera edición en inglés del libro acerca del amnésico por lesión cerebral, *El hombre con el mundo destrozado o hecho añicos* apareció en 1972. Sacks la leyó como si tuviese una revelación que cambiaría para siempre el estilo de su trabajo y escribió una larga reseña que publicó en 1973. El artículo del entonces desconocido admirador provocó a Luria para escribirle una afectuosa carta que derivó en una nutrida correspondencia entre ambos. Sacks sintió que la carta del famoso maestro "iera como recibir una carta de Freud!"... y gusta de comparar a Luria con Freud. Cuando llegó el momento, en 1987, de hacer una nueva edición, póstuma, del libro de Luria sobre *El hombre con el mundo hecho añicos*, traducción literal de *The Man with a Shattered World*, en otra editorial, el prólogo le fue encargado, justamente, a Oliver Sacks. El prologuista nos hace saber de una sospecha que él alberga: que el tema predilecto de Luria era la naturaleza de la memoria y de la imaginación, algo que nosotros no podríamos suponer leyendo las notas de los dos diccionarios que hemos traducido.

Sacks cambia nuestras ideas sobre Luria cuando nos recuerda, siguiendo lo que puede leerse en la escueta autobiografía que alcanzó a escribir, que el propio psicólogo de Kazán dividía sus obras en dos aspectos complementarios: el de la ciencia "clásica" y el de la ciencia "romántica". Luria pensaba que la ciencia "clásica" reduce la variedad de los fenómenos de la vida concreta a esquemas abstractos y leyes generales, mientras que los investigadores románticos hacen lo contrario y no gustan de transitar por los caminos del reduccionismo. Para ellos, escribe Luria en la mencionada autobiografía ⁵, "nada es más importante que preservar la riqueza de la realidad viviente y aspiran a una ciencia que retenga esa abundancia". Sacks comenta que esa noción de "ciencia romántica" que lo acosaba desde sus primeros años sólo llegó a encontrar una plena expresión en los últimos años de su vida, en sus dos extraordinarias "novelas neurológicas": *The Mind of a Mnemonist* ⁶ y *The Man with a Shattered World*.

2. LA "CIENCIA ROMÁNTICA",
NUEVO GÉNERO LITERARIO

En la primera carta que le escribe, Luria ⁷ le hace saber a Sacks que él repudia enérgicamente un enfoque estadístico formal y que prefiere el enfoque romántico del estudio cualitativo de la personalidad y de los factores subyacentes a la estructura de cada personaje. Lamenta, por otra parte, que se haya perdido la riqueza de las descripciones clínicas que era tan común en los neurólogos y psiquiatras del siglo XIX.

Luria quería fundar una neuropsicología y a la vez refundar una "ciencia romántica" y concedía un especial valor a los dos libros "biográficos" ya mencionados. Su proyecto era el de presentar a un hombre en su integridad delineando al mismo tiempo la estructura íntima de su ser. Una escritura tal lo obligaría a combinar los talentos del novelista y los del científico. Sin duda experimentaba la misma extrañeza que hacía presa de Freud cuando se leía a sí mismo, sorprendiéndose de que sus historiales se leyesen más como novelas que como descripciones de casos clínicos. Dice Sacks:

Los historiales de Luria sólo pueden ser comparados con los de Freud en su precisión, su vitalidad, su riqueza y su profundidad en el detalle (aún siendo muy diferentes, tanto como la neuropsicología lo es del psicoanálisis). Ambos exploran la naturaleza humana, ambos abren nuevos caminos para pensar en ella ⁸.

¿Cuál es la preocupación fundamental de Luria como "científico romántico"? En la respuesta de Oliver Sacks, cuya posición no podemos menos que compartir,

Luria estuvo siempre y decididamente roído desde dentro por la cuestión de la identidad, por sentir sus manifestaciones, por apreciar sus vicisitudes, ocupándose de ella, robusteciéndola, en tanto que esa identidad del sujeto pugna con la adversidad... Él se ocupa de las historias de los individuos como un todo —sus mentes, sus vidas, sus mundos, sus *sobrevivencias* ⁹ (itálicas mías).

Luria se incorpora así a un inusitado género literario, cargado de tensión dramática y con tintes trágicos, donde el producto escrito es el resultado de una interacción entre dos autores, el paciente y su médico, que jamás muestran la división entre sus roles y que tienden a confundirse en el relato. Por ello puede Luria decir, con una triple denegación en el prólogo del libro sobre el amnésico: "No es falsa modestia de mi parte si no quiero ningún reconocimiento (*no credit*) por este libro. Su verdadero autor es su héroe". En este insólito género del que *The Mind of a Mnemonist* y *The Man with a Shattered World* son los paradigmas, el médico como personaje, a diferencia de lo que sucede con los historiales de Freud, casi no aparece (lo hace sólo en el capítulo titulado "Nuestro primer encuentro", de *The*

Man... y muy contadas veces, siempre de modo impersonal, en *The Mind...*). Su presencia se deja notar, sin embargo, en la narración mediante curiosas distinciones tipográficas que pueden verse en el caso del hombre de la lesión cerebral. En lugar de recurrir a las tradicionales comillas cuando cita los escritos de su paciente y de abstenerse de usarlas cuando habla él mismo, Luria separa unas intervenciones de las otras con dobles espacios y hace que las citas del diario de Z. aparezcan sin “justificación” en el lado derecho del margen, mientras que las suyas propias aparecen “justificadas” en ambos márgenes. La otra distinción, manifestada por los enunciados mismos, consiste en que Z. siempre habla desde “yo” mientras que Luria, con la excepción del prólogo citado en el que renuncia a la autoría, habla con la voz impersonal del científico y se refiere a sí mismo como “él”.

Por cierto que tales distinciones tipográficas y enunciativas, con alternancia entre dos o más tipos de caracteres y entre la primera y la tercera persona, no bastan para constituir un nuevo género, ni siquiera dentro del género mismo de la novela, puesto que en el siglo veinte se escribieron incontables cuentos y novelas que estaban saturados de estas “novedades” que, hoy en día, a nadie llaman la atención (recuérdese a Joyce, Faulkner y todos sus imitadores). Sin embargo, hay algo enigmático en el encanto de estas dos novelas neurológicas que queremos subrayar y descifrar en el correr de nuestras reflexiones. La creación de un nuevo género literario, afín al de los casos de Freud, ha sido notada por todos los comentaristas de Luria. Jerome S. Bruner, el connotado psicólogo cognoscitivista, escribe en su prólogo a *The Mind of a Mnemonist*:

Este género de la ‘ciencia romántica’ está en el espíritu de un Kafka o de un Beckett que abordan personajes que están simbólicamente desposeídos de la facultad de encontrar sentido en el mundo; son como el Joseph K. De *El proceso* o la galería de almas perdidas que Beckett trajo a la vida en sus relatos y obras de teatro. Así presentados, los casos ‘patológicos’ no resultan ajenos a la condición humana sino una parte misma de esa condición ... Dejan de ser ‘casos’ y recuperan su estatuto humano. Y así son, a la vez, partes de la literatura tanto como de la ciencia ¹⁰.

Mas lo que para nosotros resulta llamativo es esta concesión de la primera persona del singular al paciente: quien dice “yo”, quien relata su sufrimiento y sus trastornos de la memoria no es quien escribe el libro, sino quien sufre de los males. El autor, el “científico” aparece así desdoblado y se recibe la impresión de que el escritor es tan solo un vehículo de otro “yo” que no es o que no parece ser él mismo. Resuenan extrañamente las palabras citadas: “su verdadero autor es su héroe”.

3. UN CASO DE HIPERMNESIA: SHERASHEVSKY

Pasemos ahora a *The Mind of a Mnemonist*, un caso que Luria siguió y trató a lo largo de treinta años. Sherashevsky, el paciente, tenía un problema parecido al del ya proverbial "Funes el memorioso" de J. L. Borges: no podía olvidar¹¹. Al principio, Sh. podía disfrutar de su portentosa memoria y hasta hacer de ella un modo de vida. Él perfeccionó la potente musculatura de su memoria hasta transformarla en un *modus vivendi*: actuaba en giras de exhibición por los teatros soviéticos en las que abrumaba con su infalible retentiva a los espectadores de sus proezas. Luria conoció al paciente en los comienzos de su carrera, en los años veinte, y se interesó por el caso, especialmente por la estructura mental de este hombre que sufría, como Funes, de la imposibilidad para olvidar lo singular. El olvido, tal como lo sabía Borges y tal como lo padecía Sherashevsky, es la condición para formar conceptos generales y así llegar a pensar.

Este desdichado vivía abrumado por el fardo insoportable de una memoria inútil, farragosa, despiadada.

Tradicionalmente, ¿qué hacemos para recordar un número telefónico, una fecha, el nombre de personas que conocemos, los onomásticos o las direcciones? Utilizamos extensiones de nuestros aparatos de recuerdo, escribimos, apuntamos en libretas, computadoras y, hoy en día, en agendas electrónicas portátiles. Sh. decidió actuar a contracorriente; inventó una *letotécnica* (palabra derivada de Leteo, el mitológico río griego cuyas aguas traían el olvido) que consistía, precisamente, en anotar las cosas que no quería recordar. Muchas veces le alcanzaba con producir esta escritura para olvidar, liberándose así de esos cuerpos extraños alojados en su memoria. Podía bastarle con proyectarlos sobre alguna superficie exterior, como la hoja de papel, y tratarlos tal como se procede con el pus de un absceso o con las deyecciones que se lanzan a las corrientes subterráneas de las cloacas. Encontramos en lo que hace nuestro organismo con los excrementos un equivalente físico del olvido mental, un recordatorio de que la memoria puede igualmente estar cargada de toxinas de las que es menester liberarse para seguir viviendo. Es la técnica que proponía el propio Sh.: escupir su memoria, descargarla.

La memoria no siempre es conveniente, ni para el yo que puede preferir reprimir, desplazar, modificar el recuerdo, ni para el Otro, que por lo general quiere el olvido de sus crímenes. Las novelas de detectives y las de espionaje nos han mostrado muchas veces el funesto destino que aguarda a los hombres que saben (o que recuerdan) demasiado. ¿Quiere el Otro nuestro bien? ¿Ama él a su prójimo, que somos nosotros, o está animado respecto de nosotros por un deseo deletéreo? El secreto de la memoria, expresemos desde ya, aunque sea de modo enigmático, nuestra convicción, no yace en el sujeto (ni en el ADN) sino en el Otro. ¿Podría ser

que Sh. considerase que sus recuerdos eran residuos sin valor, objetos excrementicios que son el saldo de una operación discursiva carente de sentido, eso que los norteamericanos reconocen con la expresiva palabra de *bullshit*? ¿O por el contrario, sus memorias puestas en papel eran, para Sh., un elemento comprometedor, un “objeto perseguidor” kleiniano, lo interno proyectado en el mundo exterior que podría fundamentar fantasías (y no sólo fantasías) retaliatorias por parte del Otro? Sí; aludimos a los peligros de la memoria en un régimen político opresivo, a los peligros de recordar lo que el Otro quisiera borrar.

Luria se interesa en los métodos de olvido y relata que el sistema de escribir y destruir los papeles no resultó satisfactorio para Sh. y que acabó por inventar una técnica mejor, más efectiva. Oigámoslo:

Una tarde ... estaba totalmente extenuado después de dar tres funciones y me preguntaba cómo podría arreglármelas con una cuarta. Delante de mí podía ver las tablas de números que salieron en las tres primeras funciones. Era un problema atroz y pensé: ‘Voy a echar un vistazo y ver si la primera pizarra de números está todavía allí’. De algún modo temía que no estuviese. Yo quería, a la vez, que apareciese y que no apareciese... Y luego pensé: ‘la tabla no aparece y es claro el porqué, ies porque yo no lo quiero! ¡Ajá! Eso significa que si yo no deseo que se vea la pizarra, ésta no se puede ver’ ... Me sentí entonces estupendamente ¹².

Y este era el método de Sh. para olvidar: sobre la pizarra con datos arrojaba imaginariamente una película opaca que hacía invisibles los signos... y de ese modo se borraba todo lo que estaba cubierto por la película, recordaba la nada de la pantalla que remplazaba a la memoria dañina. Lo que necesitaba, nos dice, era poner en acción su deseo. Su método era interponer una espesa capa de vacío sobre la superficie de la memoria. La nada era el objeto que anulaba al recuerdo impertinente. El Alzheimer como voluntad y representación. Y como meta a alcanzar; para mejor sobrevivir.

Luria expone meticulosamente las técnicas de Sh. para recordar y para olvidar pero al final nos sorprende al decir que esas estrategias no son lo fundamental para él, y recuerda que hay bibliografía sobre otros casos de memoriosos donde las mnemotécnicas son el único objeto del estudio. Para él, en cambio, interesado en su “ciencia romántica”, lo importante no reside en la “mente” de Sh. sino en los efectos que esta memoria apabullante tienen en la persona y en la vida de ese hombre que es su “caso” o, más bien, su héroe. Por eso se ocupa en mostrarnos cómo hace Sh. para encarar la existencia. Escribe:

Dadas las imágenes exquisitamente sensibles y las experiencias sinestésicas difusas de Sh.: ¿Cómo podría no ser un soñador? Los suyos no eran de esos sueños que conducen a la pereza; antes bien, se convertían en un sustituto para la acción en tanto que se basaban en experiencias de sí mismo que él transfor-

maba en imágenes. Apreciemos las cualidades de su fantasía: ‘Tenía que ir a la escuela... Me veía a mí mismo aquí, mientras que “él” iría a la escuela. Me enfado con “él”, ¿por qué tarda tanto en levantarse y vestirse?’ ... ‘Él es capaz de decir cosas que son ofensivas o carentes de tacto, cosas que yo nunca diría. Pues “yo” comprendo las cosas, pero “él” no. Si “yo” me distraigo, “él” dice cosas que no debiera’¹³.

Puede uno imaginarse a Sh. teniendo que vigilar constantemente a “él” para que no diga las cosas inconvenientes que “yo” sé que no debiera decir... en 1934, fecha de este registro. Luria nos aclara:

Esta clase de escisión entre el ‘yo’ que profiere las órdenes y el ‘él’ que debe cumplirlas persistió a todo lo largo de su vida. ‘Él’ debía salir cuando hacía falta, ‘él’ debía recordar las cosas; mientras que ‘yo’ se limitaba a dar las instrucciones, a dirigir, a controlar. Si no hubiésemos comprendido los mecanismos psicológicos subyacentes a estas vívidas “visiones” gráficas que hemos estudiado antes con tanto detalle, fácilmente nos hubiésemos visto llevados a considerarlo como uno de esos casos de “personalidades disociadas” que tratan los psiquiatras y con los cuales el modo peculiar de Sh. de ‘apartarse’ tiene tan poco en común. Su capacidad para verse a sí mismo de esta manera, de convertir su actividad y sus experiencias en una imagen de otra persona que ejecutaba sus instrucciones —todo esto era de enorme importancia para ayudarlo a regular su propia conducta¹⁴.

¿Entendemos, oímos bien lo que dice el relator del caso? La separación interna entre uno que controla y vigila y otro que realiza las acciones que él primero le dicta no constituye una “disociación esquizoide” sino una eficaz manera de cumplir con las tareas que se esperan de uno. No es una *patología*. Es una *curación* cuando la vida transcurre —orwellianamente— bajo la mirada vigilante del Otro. ¿Entendemos?

4. UN CASO DE AMNESIA: ZAZETSKY

Detengámonos ahora con todo cuidado, antes de volver sobre Sh., en el caso de Z. tal como lo conocemos a través de un único documento, el que Luria nos ha dejado de la aventura vital de este hombre a quien una bala le destruyó parte de la corteza occipital en la Segunda Guerra Mundial. El caso es narrado en un libro que lleva el curioso (¿insinuante?) subtítulo de *The History of a Brain Wound* (*La historia de una herida cerebral*). En la traducción inglesa (de Lynn Solotaroff), la única que disponemos, necesitamos subrayar que se trata de *History* (historia), aunque hacia el final del libro, tanto los fragmentos del diario de Z. como las acotaciones de Luria hablan de *Story* (cuento, relato, narración), dejando sin comentar el pasaje de uno de los términos al otro. ¿Verdad, ficción, las dos cosas a la vez?

Luria hace con Z., el hombre del mundo hecho añicos, lo mismo que había hecho con Sh.: lo incita a escribir. Este exsoldado, este joven, se

disponía a terminar sus estudios en un politécnico cuando “repentinamente” se enteró de que su país había entrado en guerra contra Alemania (¿no se había firmado un pacto que excluía esa posibilidad?). Fue movilizad y estuvo en el frente hasta que su cabeza se encontró en el camino de una bala insidiosa que le atravesó el cráneo y lo sumió en un estado de intensa confusión mental con pérdida de cuanto había aprendido y de las capacidades para leer y para escribir. El muchacho era hijo de un ingeniero minero que murió en un accidente cuando tenía menos de dos años y de una madre analfabeta que sobrellevó una vida de dificultades extremas para alimentar a sus varios hijos y que ignoraba cómo conseguir una pensión para los niños. Z. es, después de la bala, este personaje desorientado que no sabe ni cómo se llama, que no tiene recuerdos ni amigos, este organismo que ha perdido las funciones elementales de coordinación de sus movimientos, que siente molestias en el abdomen pero que no sabe que necesita defecar porque no puede recordar donde está el ano y no sabe cuál es la causa de la tortura que siente. Z. es el hombre que no puede entender los mensajes más simples que se le dicen, es la víctima de una rara lesión en el cerebro que lo hace un sujeto ideal para investigar aspectos desconocidos del funcionamiento cortical, es el ser baldado y sin esperanzas que recibe la curiosa, la inconcebible indicación médica de escribir. ¿Cómo podría? Sin embargo lo hace a lo largo de veintiséis años, de manera ininterrumpida, sin poder, según él mismo nos lo dice, ni siquiera leer o entender aquello que escribe. Luria concede a Z. una estatura heroica: es el caso de un hombre que lucha, contra todas las dificultades propias de su virtual descerebración, para mantener su condición humana. En el breve prólogo Luria nos dice:

Escribir era su único vínculo con la vida, su única esperanza de no sucumbir a la enfermedad y de recuperar, al menos en parte, algo de lo que había perdido ... —Y agrega: Aunque este hombre se refiere a su relato como un cuento (*story*), no hay la menor huella de ficción en él. Cada una de sus afirmaciones ha sido verificada por cientos de registros y observaciones. En resumen, este es un libro acerca de una persona que luchó con la tenacidad de los condenados para rescatar el uso de su cerebro dañado. Si bien en muchos aspectos siguió estando tan desamparado como antes, a la larga triunfó en su lucha ¹⁵.

Vale la pena resumir el logro de Z.: con los mayores esfuerzos, empezando desde un momento en que no podía ni siquiera retener el lápiz en la mano y mucho menos saber para qué podía servir, este hombre herido llegó a escribir tres mil páginas sobre sí mismo. ¿Quién dejará de evocar aquí las tres mil páginas de *A la búsqueda del tiempo perdido*? Los dos buscan la salvación a través de la memoria; Proust de un modo artístico, Zazetzky por una necesidad desesperada de sobrevivir. El “héroe” de Luria escoge un título para sus memorias que subraya la diferencia ética entre ambos

proyectos: *Seguiré luchando (I'll Fight On)* que lo lleva a decir en las pocas palabras que escribe como su prólogo (el tercero de la edición norteamericana, después de los de Oliver Sacks y de Aleksandr R. Luria):

Quiero describir cómo se produjo esta catástrofe que no deja de atormentarme desde que fui herido. No he perdido la esperanza. Aspiro a mejorar mi situación desarrollando mi capacidad de recordar y hablar, de pensar y entender. Luché para recobrar una vida que perdí cuando me lastimé y me enfermé ¹⁶.

Después de su herida el hombre ha quedado como un tullido del alma, con su mente completamente en blanco, incapaz de recordar ni de decir algo, incapaz incluso de gritar, reducido tan solo al jadeo entrecortado. Ni su memoria ni su vida parecen ya existir: “La lesión de mi cabeza parece haberme transformado en un bebé espantoso”.

El lector comprenderá mejor la situación si le dejamos la palabra al herido y, simplemente, lo escuchamos, tal como lo hace Luria:

Inmediatamente después de ser herido yo era como una criatura recién nacida que tan solo miraba, escuchaba, observaba, repetía, pero no alcanzaba a tener una mente propia.

Hacia el final del segundo mes ya recordaba quién era Lenin, entendía palabras como ‘sol’, ‘luna’, ‘llovizna’ y recordaba mi nombre, mi patronímico y mi apellido. A veces hasta recordaba que tenía una madre y hermanos. No podía recordar la dirección de mi casa ni tampoco los nombres de mi madre y hermanas...

Después de esto mi desarrollo súbitamente se detuvo y así he quedado desde entonces. Principalmente es por mi memoria que tengo tantos problemas. Veo; me olvidé absolutamente de todo y tengo que empezar de nuevo tratando de identificar, de recordar y de comprender las cosas con el tipo de memoria propio de un niño...

A partir de la herida no he podido ver a ningún objeto como un todo, ninguna cosa. Aún ahora tengo que rellenar los objetos, los fenómenos y las cosas vivientes a partir de mi imaginación... sólo veo partes de las cosas. Cuando miro una cuchara, en su borde izquierdo, quedo atónito. No puedo representarme por qué veo sólo ese lado y no toda la cuchara. Cuando esto pasó por vez primera era para mí como si se tratase de un pequeño pedazo de espacio y actualmente a veces me pasa que me aterrorizo cuando veo que la cuchara se pierde en mi sopa ¹⁷...

Sus experiencias son de pesadilla:

Recuerdo que hubo dos días con sus noches en que no me atrevía a cerrar los ojos. Era como si tuviese alucinaciones. Apenas cerraba mis ojos y ya se me aparecía una cosa horripilante, fea, un rostro humano pero con orejas enormes, así parecía y con ojos que eran igual de raros ¹⁸...

Me aterroriza cuando desaparecen partes de mi cuerpo... y tengo que partir a la caza de ellas ¹⁹...

Su afasia es total, como lo son la agnosia y la ataxia. Oigamos lo que le sucede cuando una doctora lo insta a responder y se irrita porque Z. no da con la solución al problema: “—¿Por qué no me contesta: en qué dirección apunta el semicírculo, a la izquierda o a la derecha?” Z. comenta:

Quando finalmente entendí lo que me pedía, miré al semicírculo pero no podía decidir porque no entendía lo que significaba ‘izquierda’ o ‘derecha’. Creo que desde que recibí la herida no puedo comprender esas expresiones. Ella se impacientaba y yo tenía que decirle que no lo sabía. No podía creerme y pensó que yo estaba fingiendo. Cogió luego el puntero e indicó una figura mucho mayor pero, de nuevo, no supe que decirle. Es extraño pero no puedo captar cosas tan sencillas como esa ²⁰.

Sabemos que estos casos existen y que han sido objeto de descripciones cautivantes, pero, ¿qué podemos pensar de la situación de alguien que, en la Rusia de Stalin, ha perdido los criterios que le permiten discernir lo que se entiende por “izquierda” y “derecha”? Ya veremos, hacia el final, lo que le pasa a Sh., el otro, cuando se confunde, también él, entre lo que está a su izquierda y lo que queda a su derecha en el momento de entrar a un juzgado.

Igualmente está Z. perdido en el espacio. Cuando regresa a su aldea natal (“*Kazanovka, que había sido rebautizada como Kimovsk*”) se pierde en ella y todo le resulta “*alien, unfamiliar*” (no traduzco). Tras dos años de ausencia sale a caminar por el pueblo y no puede recordar las calles, ni siquiera las más próximas a su casa: “Para ir al Club de los Mineros —que está apenas a tres casas de la nuestra— tengo que cruzar tan solo un pequeño callejón (*Oktyabraskaya*). Pero si voy allí no puedo recordar cómo volver a casa ²¹”.

Pocas cosas le resultaban tan extrañas como su imposibilidad para leer. Disfrutaba que le leyeran porque así retomaba el contacto con la vida, pero no podía soportar el impacto que sentía cuando tomaba el periódico en sus manos. Volvamos a escucharlo:

¿Qué diablos era esto? Las letras me parecían extranjeras y se me ocurría que probablemente no era un diario ruso. Pero cuando me fijaba en el nombre del diario en la primera página los caracteres se veían muy grandes y me parecían familiares. Así que no podía entender por qué no estaba impreso en ruso. Pensé que podía ser un periódico de una de las repúblicas soviéticas. Pero nuestro comandante de la compañía nos lo leía en ruso. Lo interrumpí y le pregunté: ‘Este diario... ¿cómo se llama? ¿Es esto... es ruso?’ Él estaba al borde de la risa, pero cuando advirtió las vendas que yo llevaba en la cabeza, contestó: ‘Naturalmente; es el *Pravda*. ¿Acaso no ves que está impreso en ruso?’

Volví a mirar la primera página pero no podía leer el nombre del periódico, aún cuando podía ver las enormes letras y que ellas se parecían a la palabra *Pravda*. ¿Por qué yo no podía leerla? Para consolarme pensé que estaba

dormido y soñando todo esto. Era imposible que estuviese tan perdido y ya no fuese capaz de leer.

De repente me levanté, miré el diario, e inmediatamente vi una foto de Lenin y sentí júbilo al reconocer ese rostro familiar. Pues, aunque no podía leer nada de lo impreso, ni siquiera las grandes letras de la palabra *Pravda*, podía reconocer esto. ¡Qué extraño!, pensé. En ese momento se me hacía inconcebible pensar que mi lesión en la cabeza me hacía ignorante y analfabeto. ¿Era posible que ya no pudiese leer en ruso —ni siquiera palabras como Lenin y *Pravda*? Algo andaba mal. Era ridículo”.

¡Qué terrible es no poder leer! Es sólo leyendo que una persona aprende y comprende las cosas, puede tener ideas acerca del mundo en que vive y puede ver cosas de las que antes no podía ser consciente. Aprender a leer significa tener un poder mágico, y de repente yo había perdido ese poder. Yo estaba abatido, me sentía muy menguado por eso ²².

Nos cuenta este pobre hombre la dificultad que tenía para recordar las letras aunque de a poco consigue algunos resultados: la “z” con su apellido “Zazetsky”, la “l” con “Lenin”, la “s” (inicial, nos dice de *son* [sueño] que es una palabra con la que piensa cada noche al irse a dormir y que le hace recordar con rapidez la letra “s”), la “k” hasta que puede recordar “la palabra “krov” [sangre] que me venía a la cabeza con tanta frecuencia que ya no había modo de que la olvidase” y la “m” (¿?) ²³.

Sabemos también por el relato de Z. lo difícil que le resultó aprender la lectura teniendo que pensar en las letras una por una y teniendo que recorrer el alfabeto hasta encontrarla, pero cuando llegaba a distinguir una letra se olvidaba de las anteriores de la palabra que estaba leyendo, razón por la cual no podía encontrar ningún sentido en lo que leía. Este problema no se atenuaba con el pasar de los años sino que se le hacía cada vez más serio. ¿Y la escritura? Al principio le causó aún más problemas y así fue

hasta que un doctor al que llegaría a conocer muy bien [¿es así como Luria se presenta en la historia a la vez que borra sus intervenciones personales?, N. A. B.], pues él era siempre muy informal conmigo y con los demás pacientes, me pidió que escribiese automáticamente —sin levantar mi pluma del papel. Yo estaba asombrado y le hice muchas preguntas antes de poder siquiera empezar. Finalmente, alcé el lápiz y después de repetir la palabra *krov* [sangre] algunas veces, la escribí con rapidez. Sé muy poco de lo que he escrito después y aún tengo problemas con la lectura —aun con la lectura de mi propia escritura.... Cuando tengo que escribir palabras largas como *rasporyadok* [arreglo, acuerdo] tengo que partirla en sílabas. Pero aun esto es un enorme logro para mí, una gran ayuda para el desarrollo de mi memoria ²⁴.

Y es así —nos dice Luria— como “él decidió escribir un diario para describir el terrible abismo en el que su lesión lo había precipitado y la pugna que debió sobrellevar para recobrar lo que había perdido ²⁵”.

Trabajó por veinticinco años en este diario, día tras día, buscando las palabras que le permitiesen expresarse, tardando a veces un día entero para escribir media página. Su obra se llamaría "*La historia de una terrible lesión cerebral*" pero después decidió cambiarla por "*Seguiré luchando*". Este trabajo no significó que dejase de sentirse en el límite de la desgracia, pero había ahora una esperanza que lo sostenía. Llegó incluso a escribir algunas cartas. Volvamos a escucharlo:

Escribí unas pocas cartas pero en verdad no sabía cómo hacerlo. Al principio traté de escribirlas automáticamente, sin pensar, pero a veces no podía leer o comprender lo que había escrito y confundía los verbos que permitían ligar las partes de las frases. Aun la más breve de las cartas me tomaba un tiempo ilimitado mientras la pensaba. Algún poder misterioso me impedía escribir siquiera una sencilla carta a mi madre... Tendría que arruinar mi cerebro (*wrack my brain*) tratando de recordar cómo se le escribe a alguien. Y después quedaba tan exhausto que mi mente trabajaba más lentamente²⁶.

La escritura con la descripción de sus sufrimientos, el relato de los distintos hospitales por los que ha pasado, la necesidad de dar coherencia por medio de frases a una experiencia inenarrable de pérdida del mundo y de los puntos de referencia, la duda acerca de si una frase que ha escrito provisionalmente en una hoja suelta o en un margen de periódico es algo que puede entrar en el "diario", la imposibilidad de seguir con su trabajo cuando hay otras personas en el entorno, el olvido constante de lo que "querría" escribir, todo ello es el impulso que anima a Z. y la razón de sus más profundas inhibiciones. Las ideas y los recuerdos más importantes escapan de su cabeza y quedan enterrados por la amnesia. Es entonces cuando Luria se pregunta con tal énfasis que titula así uno de los capítulos de su informe: "¿Por qué escribía²⁷?"

¿Era necesario? ¿Por qué atormentarse con esta tarea difícil y extenuante? Z. decidió que era lo único que podía hacer: no podía ser de utilidad en la casa, se perdía si salía a caminar y no podía entender lo que leía o lo que se decía por la radio. Todo eso estaba por encima de él. Pero podía reunir los fragmentos de su pasado, compararlos, dando una visión coherente de cuáles fueron sus experiencias y deseos. En la redacción de su diario encontraba una razón para vivir y en esa tarea residía su única esperanza de reencontrarse con el hombre que él había sido. Revivir el pasado era la única manera de asegurar un futuro. Por eso él debía salir a la caza de los recuerdos perdidos. Pensaba también que de este modo sería también útil a los demás, que podrían comprender, a través de él, el daño que un fragmento de bala puede hacerle a un ser humano al fracturar su memoria y al extirpar en ellos toda posibilidad de un pasado, de un presente y de un futuro. El paciente califica su propia escritura como

“morbosa” y compulsiva: “aún ahora estoy forzado a hacer esto”. Y Luria comenta:

Esta obra llegó a ser la cosa más importante de su vida, su razón para vivir... para retomar su vida, para ser un hombre como los demás... Al describir su destino, él nos dejó no sólo un documento trágico sino también una información inapreciable. En verdad, ¿quién estaría en mejores condiciones de describir un acontecimiento que aquél que ha sido el testigo, el participante, la víctima? Como víctima de su enfermedad, él procedió a investigarla. Su descripción es extraordinariamente vívida y detallada; si lo seguimos paso a paso, llegaremos a revelar algunos de los misterios del cerebro humano ²⁸.

¿Cómo será vivir en un mundo sin recuerdos y en el cuál las palabras son sólo sonidos, significantes que no llevan consigo ningún significado, porque se han roto las cadenas sintácticas que hacen que una palabra tenga una significación de acuerdo al contexto gramatical y a la situación discursiva en que son pronunciadas? Los familiares tratan de entenderlo y de hacerse entender por él hasta que comprenden la futilidad de sus esfuerzos: “Él nunca podrá acordarse de lo que querría decir”. Por eso mismo decide que no hablará en reuniones: su cabeza parece estar vacía y no puede darle forma a ideas que se presentan dispersas, a punto tal que resuelve que ya no se molestará en hablar en esos eventos. Se dedicará, en cambio, a un estudio arqueológico de su memoria “para distinguir lo que permanecía de ella y lo que estaba irremisiblemente perdido”. Esa investigación lo lleva a una conclusión dolorosa: los recuerdos que le llegan corresponden a un pasado distante, no son los de los sucesos recientes; en sus propias palabras: “los recuerdos le llegan desde el extremo equivocado”, con esfuerzos inmensos llega a evocar los distintos hospitales y sanatorios en los cuales lo internaron. Alcanza a precisar imágenes de su pasado con gran detalle y es así como escribe su diario, pero no puede convocar esas imágenes a voluntad y cuando lo hace le faltan las intrincadas asociaciones que generalmente forman una memoria. Puede valer la pena citar un ejemplo particularmente tocante:

Trataba de recordar los rostros de mi madre y de mis hermanas pero no podía formarme una imagen de ellas. Pero cuando, por fin, me enviaron a casa y vi a mi familia, reconocí de inmediato a mi madre y a mis hermanas. Ellas estaban jubilosas porque yo había vuelto y me envolvieron con sus brazos y me besaron. Pero yo no podía besarlas —había olvidado cómo se hacía. Mi madre lloraba mientras me abrazaba, lloraba de felicidad y de pena —porque al menos un hijo había regresado, aunque con su cerebro lastimado, mientras que el otro había desaparecido desde 1941, poco después del comienzo de la guerra. Comenzaron a hacerme toda clase de preguntas —¿cómo, cuándo, de dónde había vuelto? Yo traté de decirles pero no alcancé a expresar nada. Me quedé musitando algo incoherente. Una o dos palabras de una frase era todo lo que recordaba. El resto definitivamente no vendría ²⁹...

Más tarde, dice Luria, recuperó algo de su memoria pero de todos modos el mundo alrededor de él seguía siendo tan extraño, incoloro y fragmentado como antes. Lo que hubiera podido dar sustancia a cada pensamiento o impresión permanecía enterrado en el olvido y estos problemas continuaron a pesar del paso de los años. Z. sabe muy bien de su déficit:

Estoy siempre consciente de los defectos de mi memoria y de mi capacidad para hablar o pensar. Me doy cuenta de lo anormal que soy cuando hablo con la gente; me doy cuenta de la sonrisa idiota en mi cara y de esa tonta risa nerviosa que tengo siempre, además del hábito de decir "sí, sí" cuando alguien me habla. Y cuando soy yo el que habla, estallo en risas estúpidas y muy características sin tener ninguna razón para ello. No puedo acordarme de maldita la cosa de todo lo que he estudiado y aprendido. ¡Todo se ha ido! Cuando estoy solo, es como si un candado hubiese atrancado mi memoria... Desde esa espantosa lesión en la cabeza todo se ha fugado de mi mente y es como si fuese una criatura recién nacida ²⁹.

Llegado a este punto de la reseña del diario de su paciente, Luria da paso a una curiosa disquisición sobre el recuerdo de las palabras. Recurre a una curiosa referencia, que también usó Lacan, a la manera en que los habitantes de Laputa, el país que visitara Gulliver, muestran las cosas en lugar de hablar, porque para ellos los objetos hacen las veces de palabras. Luego, lo que es más curioso aún, relata el modo en que uno puede recordar un nombre que no viene a la memoria. Quien recuerde el trabajo de Freud sobre el olvido de los nombres propios verá aquí una descarada paráfrasis que no toma siquiera el cuidado de disfrazarse a sí misma:

Digamos que usted va a un museo y de repente descubre que no puede recordar el nombre de un pintor (pongamos que es el nombre de un pintor georgiano, uno de los fundadores del primitivismo). ¿Será Passaneur?, se pregunta usted a sí mismo. ¿Pirestone? ¿Prangishvili? No. Ninguno de esos nombres es el buscado. Hay algo en el nombre que sugiere "fuego". Usted lo vuelve a intentar. ¿Es Pirotechnik? No. Porque usted sabe que es algo que tiene que ver con los turcos. ¿Osman? No: pero entonces usted va a Piresman y luego al nombre mismo, Pirosmanshivili. Una vez que usted ha recordado el nombre, su memoria descarta automáticamente todas las asociaciones que se le cruzaron en el camino ³⁰.

Quienes recuerdan la hermosa película georgiana *Pirosmani* que se exhibió en Occidente a fines de los años setenta sabrán que Luria no inventó el nombre de Signorelli, perdón, de Pirosmani. Lo que sí hace es aplicar la lección freudiana al caso de Z. y habla de este peculiar daño cerebral de su paciente que, por algo que le pasó en la cabeza, por un trauma, ha quedado sin la posibilidad de sintetizar las impresiones y de inhibir la emergencia de asociaciones secundarias y, por lo tanto, de recordar con precisión y de organizar las asociaciones complejas en esquemas mentales

coherentes. Su memoria no es una memoria empobrecida —nos dice— sino una memoria baldía que no mejora con el tiempo.

Pongamos, para terminar, un último ejemplo de las dificultades que tenía Z. para comprender las frases con una estructura gramatical compleja y retomemos el elocuente relato que da Luria de una de esas frases: “No tengo la costumbre de no acatar las reglas”. Es Luria quien se pregunta:

¿Qué clase de persona es la que habla, un rebelde impenitente o un estudiante sumiso? Si usted aísla las expresiones “no tengo la costumbre” y “no acatar las reglas”, ellas suenan desafiantes y provocadoras. Pero después de una breve reflexión usted cae en la cuenta de que la intención es precisamente la contraria. Es esta una prueba de cómo uno puede ser engañado por las inversiones gramaticales... Las inversiones gramaticales, medios para modificar la estructura sintáctica, deben haber impactado a este paciente como chistes dañinos ³².

Interrumpamos en este punto las referencias a Z. y su infausto destino. Hagámoslo para preguntarnos cuál es el caso que se nos está relatando: ¿el de Z. o el del propio Luria? ¿Cuál es la lesión cerebral que ha dejado a toda una juventud pensante sin memoria, sin habla, respondiendo mecánicamente “sí, sí”, incapaz de reconocer su propio idioma aun cuando la palabra “verdad” (*Pravda*) aparece con tan grandes caracteres? ¿Quién ha tenido que llegar al impronunciado “arreglo” (*rasporjadok*) para poder continuar en esa vida? ¿Dónde ha estado Z. y qué le ha pasado en todo ese tiempo? ¿Cómo es que queda tan desorientado que apenas cruza el callejón de octubre (*Oktyabrskaya*) ya no puede regresar a su casa? ¿Cómo es que puede reconocer la imagen y el nombre de Lenin antes que el suyo propio y tiene tantos problemas con la “s” aunque no puede dejar de pensar en ella cada vez que se va a dormir? ¿Será esa “S” (con un poblado bigote) la letra más presente en su alfabeto? ¿Por qué es la letra “k”, la de “sangre”, la que no puede alejar de su mente y aquella que repite varias veces antes de empezar a escribir? ¿Cuál es la lección sobre la memoria y el olvido de los nombres propios que nos transmite el ejemplo de Piromani? ¿Qué ha pasado con los recuerdos del pasado reciente, de los saberes perdidos, de la imposibilidad de reconocer a los rostros más familiares? ¿Qué presencia tiene la censura en esta necesidad de esconderse para escribir y en esta sensación de que sólo escribiendo y escribiendo una literatura que uno mismo no puede leer ni entender está la única posibilidad de cura, de salvación, dejando el testimonio de aquello de lo que uno ha sido víctima?

5. LOS CASOS DE LURIA: UNA MEMORIA INCÓMODA

Es probable que alguien con la lesión de Z. haya existido y que haya sido un paciente asignado al doctor Luria. De eso sabemos poco y estamos dispuestos a admitir que hubo un herido de bala que corresponde al caso clínico presentado (al igual que puede o debe haber existido un hipermnésico llamado Sherashevsky). Como dice el propio Luria, “de cada uno de los aspectos de este caso hay cientos de registros y observaciones y no hay la menor huella de ficción en ella” que prueban la verdad de lo que Luria afirma sobre él ³³. ¿Cientos de registros de cada afirmación? ¿No son demasiados? ¿O es la plena e innegable verdad? ¡Se cuentan por millones los Z. que pueden confirmar que han sido privados de la palabra, de la posibilidad de pensar, de leer y de saber, debido a una terrible “lesión cerebral”!

Este es el momento de volver, según lo prometido, al caso del mnemotista Sh., el hombre que no podía olvidar y atrevernos a formular preguntas del mismo orden. Cuando en 1968, Luria resuelve publicar este primer ejemplo de su “ciencia romántica”, el paciente, a quien como ya se dijo conoció en los comienzos de su carrera y al que trató durante treinta años, llevaba ya muchos años muerto. Los testimonios debidamente fechados que Luria nos ofrece cubren tan solo los años 1934 a 1939, aunque supuestamente lo habría tratado entre 1928 y 1958. Diez años después de dejar de verlo, en 1968, publica el caso y lo hace bajo la advocación de un epígrafe aparentemente incongruente, una cita de Lewis Carroll (*A través del espejo*) que dice: “*The time has come, the walrus said, to talk of many things*” (“Ya es tiempo, dijo la morsa, de hablar de muchas cosas”). Por si no quedase claro, agrega otro epígrafe, éste de su propia pluma que dice “... Junto con la pequeña Alicia nos deslizaremos a través de la bruñida y fría superficie del espejo y nos encontraremos en un país de maravillas, donde todo es a la vez tan familiar y al mismo tiempo tan insólito y extraño ³⁴”. Sólo en 1968 siente que “*the time has come*”, que ha llegado el momento y que puede empezar a hablar de su vívida memoria de aquellos tiempos.

Y es sólo entonces que podemos tomar conocimiento del caso de aquel hombre extraordinario que encontró un modo de sobrevivir desdoblándose, dando instrucciones a otro que no era él mismo para que actuase en su lugar aunque debía vigilar constantemente que este “otro”, “él”, no dijese cosas inconvenientes que sabía que podían molestar.

Tal vez el momento más conmovedor del libro sobre Sh. se encuentra en el final, cuando Luria relata un episodio de la vida de su paciente que se nos antoja, después de leer la autobiografía de Luria mismo, que revela acontecimientos para los cuales él encuentra inequívocos equivalentes en su propia vida. Sh., según ya dijimos, tenía dificultades para entender los conceptos abstractos (“la base material de la sociedad”, uno de los lugares comunes constantemente repetidos en los manuales de marxismo-leninismo). También tenía inconvenientes, pese a su poderosa capacidad de

fantasear, para leer poesía (ciertos versos de Pasternak, precisamente de Pasternak, le resultaban imposibles de memorizar y hasta de entender ³⁵). Sh., así como también su contraparte, Z., tenía inconvenientes para ubicarse con la izquierda y con la derecha, y nos preguntamos si se trata de un problema clínico de especularidad fallida o si alude el autor a un problema político. Oigamos primero a Sh. (en un registro de su discurso tomado en 1939) y escuchemos después el comentario de Luria:

Tengo que presentarme ante tribunales por algún asunto... un caso muy simple que debiera ganar. Había preparado lo que tenía que decir. Podía ver toda la escena del tribunal. (Me es imposible manejar las cosas de un modo distinto.) ... Era un salón amplio: las filas de sillas, la mesa del juez a la derecha. Todos quedaron satisfechos con las evidencias que ofrecí y gané... Pero, de hecho, todo resultó ser diferente de lo que yo esperaba. Cuando entré a la corte el juez no estaba sentado a la derecha sino a la izquierda, de modo que tuve que hablar desde el otro lado del salón... No era todo como yo lo había visto, de modo que me atolondré. No podía plantear mis argumentos y, naturalmente, perdí el caso ³⁶ (cit., p. 156).

Luria, en la página siguiente, observa:

Cuán a menudo sucedía que las poderosas imágenes de Sh. no coincidían con la realidad; cuán a menudo, teniendo que confiar en ellas, encontraba que estaba desamparado para lidiar con las circunstancias. El incidente en el tribunal era un ejemplo particularmente vívido, pero era característico de los problemas que Sh. encontró a todo lo largo de su vida... Esto llevaba a mucha gente a tomarlo por un torpe, tonto y como si fuese alguien distraído. Sin embargo, su aprehensión incierta de la realidad y los tintes realistas de sus fantasías tenían un impacto más profundo en el desarrollo de su personalidad. Vivía a la espera de algo que él suponía que acabaría por suceder y se entregaba a sus ensoñaciones y a sus "visiones" más que a llevar una vida funcional. Tenía siempre el sentimiento de que algo particularmente hermoso iba a suceder, algo que resolvería todos sus problemas y haría que su vida fuese clara y sencilla. Él "veía" esto y lo aguardaba... De modo que todo en su vida era sencillamente "pasajero", algo que él tenía que hacer mientras sucedía eso que él esperaba ³⁷.

Luria acaba su informe sobre el mnemonista haciendo referencia al futuro de la psicología con estas palabras:

La psicología tiene todavía que llegar a ser una ciencia capaz de abordar los aspectos verdaderamente vitales de la personalidad humana... Quizás esta narración acerca de un hombre que 'veía' todo jugará algún papel en el difícil recorrido que queda por hacer ³⁸ (cit., p. 159-160).

Podemos decir ahora que hemos completado un cierto resumen de puntos salientes de los dos casos de "ciencia romántica". Llega ahora el momento de recurrir a la (ciertamente precaria) autobiografía de Luria y poner en

claro ciertos datos que no nos parecen suficientemente precisos en los dos artículos de diccionario que transcribimos al principio.

Transcribiré en *itálicas* las citas del texto de Luria y las haré seguir por un comentario mío en tipografía normal:

1) *Comencé mi carrera en los primeros años de la Gran Revolución Rusa. Este acontecimiento singular y trascendental influyó decisivamente en mi vida y en la de todos aquellos a los que conozco*³⁹ (p. 17).

Así comienza la autobiografía, como relato no de una vida, sino de una carrera. ¿Quién podría negar que la Revolución de Octubre de 1917 influyó decisivamente en la vida de todos y cada uno de los compatriotas de Luria? ¿De qué manera influyó?

2) *Al comparar mis experiencias con la de los psicólogos occidentales y americanos, hay una diferencia importante. Muchos de ellos poseen dotes personales extraordinarios. Como los buenos científicos de todas partes, han realizado una cantidad de descubrimientos importantes. Pero la mayoría de ellos ha pasado sus vidas en un ambiente relativamente tranquilo y de cambios paulatinos. Su trabajo como intelectuales consiste en investigar y a veces en mudarse de una universidad a otra.*

*La diferencia con nosotros reside en los factores sociales e históricos que nos han influido. Desde un principio era evidente que yo tendría escasas oportunidades de proseguir una formación ordenada y sistemática que es la piedra fundamental de la mayoría de las carreras científicas. En su lugar la vida me ofreció la atmósfera fabulosamente estimulante de una sociedad activa y rápidamente cambiante. Toda mi generación estuvo imbuida por la energía del cambio revolucionario —la energía liberadora que la gente siente cuando forman parte de una sociedad que es capaz de realizar cambios tremendos en un lapso corto... Yo tenía apenas quince años cuando estalló la Revolución*⁴⁰.

La comparación con los colegas occidentales es agrídulce. Luria destaca la importancia del comienzo de la Revolución y el estimulante ambiente que se generó para la ciencia y para el pensamiento en el momento de desencadenarse la energía liberadora de los proyectos revolucionarios. La suya no puede ser una carrera “ordenada y sistemática”. Los comienzos, en medio de ese desorden son promisorios: todo parece realizable.

3) *La Revolución nos liberó, especialmente a la generación más joven, para que pudiésemos discutir nuevas ideas, nuevas filosofías y sistemas sociales... Yo no tenía idea de cuáles eran las causas verdaderas de la Revolución. Mi entusiasmo venía más bien de un sentimiento emotivo, romántico hacia los acontecimientos de esa época que de una apreciación intelectual profunda de sus raíces sociales... Los límites de nuestro mundo restringido, privado, fueron avasallados por la Revolución y ante nosotros se abrieron nuevos panoramas. Quedamos sumergidos en una gran movimiento histórico... Esta atmósfera que siguió inmediatamente a la Revolución proveyó la energía para muchas aventuras ambiciosas. Toda una sociedad fue liberada para que pudiese volcar sus poderes creativos a la construcción de un modo diferente de vida para cada uno*⁴¹ (cit., pp. 18-19).

Como bien se ve, todo el elogio es para el desencadenamiento de un pensamiento múltiple, aventurado, ambicioso. Se subraya la capacidad que la Revolución abrió para la discusión y para los desarrollos particulares de cada uno. Nada se dice del destino de tales aventuras del pensamiento. Luria destaca su perplejidad ante los fenómenos políticos que se desarrollaban ante él, su compromiso emotivo mas no intelectual, el avasallamiento de la perspectiva personal.

4) Yo deseaba una psicología que describiese simultáneamente los hechos concretos de la vida mental de los individuos y que generase, también, leyes explicativas generales. Mientras luchaba con este conflicto me encontré con los primeros textos de la escuela psicoanalítica, La interpretación de los sueños, y varios otros de los primeros libros de Freud que habían sido traducidos al ruso y también escritos de Adler y Jung que pude leer en alemán... Aquí, me pareció, había un enfoque científico que ensablaba una explicación marcadamente determinista de la conducta concreta e individual con una explicación de los orígenes de las complejas necesidades humanas en términos de ciencia natural. Quizás el psicoanálisis podría servir como base para una "real Psychologie" científica, una que pudiese superar la distinción entre lo nomotético y lo ideográfico⁴².

Luria habla de lo que significó para él en aquel entonces su descubrimiento de las obras psicoanalíticas. Pero es en el presente de su escritura autobiográfica, en 1976, año anterior a su muerte, cuando él ubica sus esperanzas acerca de la fundamentación científica de una psicología "real" por medio del psicoanálisis, esa "psicología real" —no es casual que lo escriba en alemán— a la que había dedicado su vida. Esa alternancia entre "me pareció" (entonces) y "podría servir de base" (ahora) es reveladora de la persistencia de Luria con relación al psicoanálisis.

5) A los veinte años de edad, mientras completaba mis estudios formales, comencé a escribir un libro sobre mis "descubrimientos" en el psicoanálisis. El manuscrito nunca pasó de la copia escrita a mano que todavía guardo en mis archivos. Si bien esta obra no tenía valor científico, vale la pena mencionar el hecho de que haya intentado esa tarea porque mis aspiraciones eran las propias de la generación joven de aquellos tiempos... La carta de Freud dirigida a mí como "presidente" de la Asociación Psicoanalítica de Kazán, escrita en alemán gótico, así como otra carta autorizando la traducción al ruso de uno de sus libros breves, están todavía en mis archivos ... En años posteriores publiqué algunos trabajos basados en las ideas psicoanalíticas y hasta llegué a escribir el manuscrito de un libro sobre un enfoque objetivo del psicoanálisis que nunca fue publicado. Finalmente llegué a la conclusión de que es un error suponer que uno puede deducir la conducta humana desde las "profundidades" biológicas de la mente haciendo abstracción de sus "alturas" sociales⁴³.

Las cartas de Freud quedaron guardadas en el cajón, dos libros fueron escritos pero no llegaron a publicarse. Los cajones guardaron la memoria suprimida. La conclusión final es digna de ser destacada porque repre-

senta lo contrario de lo que fue la crítica oficial soviética al psicoanálisis. Para los científicos del Partido, el psicoanálisis no era materialista, era una de las formas del idealismo burgués que desconocía las bases materiales de la “actividad nerviosa superior”. Luria, a contracorriente, dice rechazar al psicoanálisis en tanto que éste pretende ser ciencia natural y fundarse en la biología. La distinción para él es epistemológica y su pretensión es la de incluir las dimensiones sociales que estarían relegadas por el presunto “naturalismo” freudiano.

6) *La filosofía marxista, uno de los más complejos sistemas de pensamiento en el mundo, fue asimilada lentamente por los intelectuales soviéticos, incluyéndome a mí mismo. Hablando en verdad nunca llegué a conocer a fondo al marxismo hasta el punto que hubiese querido hacerlo. Todavía considero que ésta ha sido la mayor de las limitaciones en mi educación* ⁴⁴. (p. 30).

En ningún momento de su evocación autobiográfica Luria dice algo favorable al marxismo, que era el metro patrón con el que durante setenta años se juzgó, por parte de las autoridades, a los trabajos de la psicología soviética. Sus palabras no necesitan de mayores comentarios: la doctrina oficial era un sistema muy complejo de pensamiento, fue “asimilado” lentamente, y nunca llegó a conocerlo a fondo. A los setenta y cuatro años de edad pretende que es una limitación que nunca pudo superar en su educación. ¿Puede uno imaginar a esta inteligencia despierta y aguda, al tanto de cuanto se producía teóricamente en su país y en el mundo, viviendo en la URSS, sin poder entender o aprender los principios del marxismo? ¿Quién no se da cuenta de que se trata en Luria de una “resistencia”, y no precisamente inconsciente, ante la constante insuflación de manuales y tratados oficiales, donde no se puede dar un paso en el pensamiento “científico” sin hacer referencia a las tesis de Marx tal como se difundieron en su tiempo y en la sociedad “soviética”, el “manualismo” omnipresente que se enseñaba desde la entrada en la escuela?

7) Al final de *The Making of Mind*, Luria dedica un capítulo a la “ciencia romántica” y se refiere ampliamente a los dos casos que hemos reseñado: Sh., el hipermnésico, y Z., el amnésico. Dice entonces que quisiera escribir un tercer libro o hasta una corta serie de libros como los dos anteriores. ¿Qué lo detiene?:

La investigación para un libro semejante sería para mí muy difícil. Tendría que encontrar individuos con cualidades tan excepcionales —el desarrollo extraordinario de algún rasgo o la quiebra de alguna función esencial— que hubiese producido un cambio completo en la personalidad. Debería entonces dedicar decenios siguiendo tal “historia no imaginada”, aislando los factores decisivos y construyendo paso a paso el síndrome completo. Desgraciadamente, no tengo tal oportunidad. La única posibilidad que me queda, pues, es la de volcarme sobre mí mismo y escribir “La vida de un psicólogo soviético vista en retrospectiva”, teniendo en cuenta que los componen-

*tes de una historia semejante son muy distintas de aquellos de los libros precedentes. No hay tal sujeto con capacidades excepcionales —yo no tengo ninguna. Tampoco hay una habilidad especial o un desastre específico. Pero sí hay la atmósfera de una vida, comenzando por ese periodo irrepetible que fue el comienzo de la Revolución*⁴⁵.

Aquí tenemos a Luria indicando claramente la continuidad entre el escrito autobiográfico con un título que no es el que dio al libro (*A Personal Account of Soviet Psychology*, en vez del anunciado: *La vida de un psicólogo...* que, desde el punto de vista del libro que querría escribir, o sea, de su fantasía, es mucho más elocuente) y los dos casos de su “ciencia romántica”. En su vida como psicólogo soviético lo que él destaca es el comienzo de su carrera en los albores de la Revolución. Deja en claro que la autobiografía nunca redactada es el “tercer libro” que soñaba con escribir y que los otros dos, (Sh. y Z.) no son sino presentaciones de hechos extraordinarios, francamente novelescos, romancescos. *The Making of Mind* es, al fin de cuentas, tan solo lo que él podía escribir sobre la “historia no imaginada”, sin nada personal sobresaliente, denegando tanto la cualidad excepcional como el desastre *específico* (¡cuánta modestia!), en la que estuvo sumergido después de los comienzos entusiastas que siguieron a la Revolución.

6. LURIA: UNA VIDA

Cuando Luria nos cuenta esa “vida de un psicólogo soviético”, lo hace con la mirada retrospectiva que era posible en 1976, ocultando ciertos entretelones, de los que sólo nos enteramos a través de Michael Cole, quien estuvo un buen tiempo en contacto con él y que fue quien lo incitó a escribir *The Making of Mind*. Este discípulo norteamericano, en el epílogo a la austera autobiografía de Luria, nos dice:

El panorama despersonalizado que presenta cuando escribe acerca de su propia vida científica desmiente lo fundamental de su teoría de la psicología, así como su convicción sobre la importancia de las circunstancias sociales en la configuración de los logros humanos individuales. Al leer el manuscrito de su autobiografía, mi esposa Sheila y yo quedamos impactados por la omisión de toda información personal. En su lugar encontramos una exposición de ideas y experimentos que son presentados en el vacío⁴⁶ (p. 189).

El joven psicólogo americano instigó al viejo maestro a que desplegara la información sobre su vida concreta, real. No lo consiguió.

Para subsanar esta falta, Cole se dedicó a interrogar a otros, a los colegas y a los sobrevivientes de aquellos años iniciales de la carrera, buscando los textos inhallables de los años veinte, forzando casi a Luria a darle los artículos que, a pesar de que pretendía no interesarse en los aspectos de su historia particular, conservaba cuidadosamente en sus archivos. Dice entonces Cole:

Cuando correlacioné el contenido y el estilo de sus escritos con las controversias políticas y sociales de la época, la carrera zigzagueante e inconexa de Aleksandr Romanovich comenzó a tener sentido. Su interés por el psicoanálisis ya no aparecía como una anomalía curiosa en una carrera por otro lado coherente. Su fuerte atracción hacia Vigotsky, su trabajo transcultural en Asia Central, el estilo pavloviano de sus escritos en los 40 y en los 50 y sus aparentes virajes temáticos en ciertos momentos, todo adquiriría la cualidad de una compleja pieza musical con unos pocos motivos centrales y una variedad de temas secundarios ⁴⁷ (p.198).

La comparación de la vida de Luria con “una compleja pieza musical” nos lleva a establecer una analogía entre su trayectoria y la del más importante de los compositores soviéticos (con perdón de Prokofiev): Dmitri Shostakovich (1906-1975). Este músico, contemporáneo de nuestro neurocientífico, pasó su vida entera negociando, “arreglando”, su tendencia a desarrollar una obra personal y creativa, y las exigencias del régimen para que se adecuara a los cánones tradicionales imperantes en la música rusa de esos años. El ejemplo máximo de esa tensión entre el compositor y la burocracia partidista es lo sucedido cuando, en 1934, estrenó su ópera *Lady Macbeth del distrito de Mtsensk*, conocida también en Occidente como “*Lady Macbeth en Siberia*”. La obra fue en principio bien acogida hasta el momento en que Stalin mismo fue a una representación, después de lo cual apareció en *Pravda* una violenta crítica de la que puede ser representativa esta aseveración: “Las repulsivas lucubraciones de Shostakovich descansan sobre los mismos principios que amenazan a la pintura, la poesía, la ciencia y hasta a la educación en nuestra patria”. Tras este artículo la ópera bajó de cartelera y su autor renunció a publicar y a estrenar su *Cuarta Sinfonía*. En cambio, escribió a toda velocidad su *Quinta Sinfonía*, que llevaba un epígrafe: “Respuesta de un artista soviético a las críticas justificadas”. Luego, en 1941, y otra vez más, en 1949, obtuvo el premio Stalin. Mientras llevaba esta vida “oficial”, componiendo una música conservadora y utilitaria para el ballet y el cine, y ciertas sinfonías conformes al cánón exigido (números 7, 9, 11 y 12), iba creando una obra extremadamente personal, plagada de claves autobiográficas, con una sustancia musical dramática que reflejaba el conflicto entre el artista y la sociedad totalitaria que enmarcaba sus creaciones. Vale la pena recordar que su *Lady Macbeth*, después de las denuncias antistalinistas de Jruschov, volvió a escena con bastantes modificaciones y con el título de *Katerina Ismailova*, en 1962. Hoy en día es una de las óperas más representadas entre las escritas en el siglo XX y, por cierto, nadie querría otra música y otra escenificación teatral que la original de 1934.

Es por eso que sostenemos que Shostakovich es un caso paradigmático y universalmente reconocido del destino del creador, del investigador innovador, que está sometido a las coacciones de un régimen que lo

necesita para justificarse ideológicamente, pero que no se permite aceptar esa fuerza disruptiva de la creación en libertad, de una palabra o de unos sonidos o de unas imágenes no sometidos a la férula del pensamiento reglamentado por una política y por una policía absolutistas. La música a la que Shostakovich adhería es la que asoma en la versión original de *Lady Macbeth*, en las sinfonías 4, 6, 8, 10, 13, 14 y 15, en la fascinante serie de los cuartetos de cuerdas, especialmente en los últimos, y en la postrera *Sonata para viola y piano*, opus 147, que condensa todos los matices del dolor humano en poco más de media hora de sonidos desgarradores. En esa obra póstuma, que Shostakovich nunca llegó a escuchar, da también cuenta, musicalmente, de la unidad quebrada “zigzagueante”, diría Cole cuando habla de Luria, de toda su producción artificialmente dividida entre lo público oficial y lo privado e íntimo.

De aquí la tesis que enunciamos en el título: “Luria, el Shostakovich de las neurociencias”, el hombre que debió renunciar al psicoanálisis, que era su vocación originaria, pero que nunca abjuró de su interés por construir una “psicología real” que atendiese a la unidad de la vida concreta de los hombres históricos que, como él mismo, debían seguir luchando en medio de las circunstancias más opresivas.

Tratemos de resumir su vida: Luria creció en un clima marcado tanto por la admiración que provocaba su precoz inteligencia como por el intento de dirigirlo hacia “lo mejor” por parte de su padre: Roman Albertóvich Luria, un destacado médico de Kazán, especializado en enfermedades del aparato digestivo, que fue excluido de la universidad por su condición de judío. Este padre alcanzó, después de la Revolución, importantes puestos en el campo de la enseñanza médica. Roman Albertóvich quería que Aleksandr fuese médico como él y sostuvo tercamente sus demandas, tan tercamente como el hijo se sostuvo en su negativa a admitirlas. Nunca estuvo de acuerdo con la decisión de Aleksandr de dedicarse a las ciencias sociales y el desacuerdo sobre este punto fue una persistente fuente de tensiones entre ambos. Tal vez, dice Cole, fue para aplacar a su padre que el hijo estuvo siempre conectado con la psicología médica y con las facultades de medicina durante los largos veinte años que transcurrieron entre su entrada a la universidad y su dedicación total a la medicina después de la muerte de Vigotsky en 1934. (Nunca se borró la presencia del padre y la sensación de una deuda para con él: en 1977, el año mismo de su fallecimiento, Aleksandr Romanovich logró que se reditase una breve monografía sobre medicina psicosomática que el padre había escrito unas décadas antes).

El entusiasmo de Luria por el psicoanálisis tuvo una consecuencia inesperada. Impresionado por el método psicoanalítico y por las posibilidades que le descubría la aplicación que hizo Jung del mismo para descubrir complejos inconscientes por medio de determinadas “palabras

estímulo”, Luria se dedicó a investigar los efectos psicofisiológicos que se producían en los delincuentes cuando se los confrontaba con palabras que tenían relación con sus crímenes. El tema que develaba a Luria era el de cómo las emociones podían organizar y desorganizar la conducta voluntaria. Las autoridades le permitieron, a partir de los veintiún años de edad, realizar investigaciones en múltiples casos de asesinatos y éstas condujeron a la creación de los primeros detectores de mentiras. Los resultados obtenidos por Luria (publicados en inglés ya en 1932) tuvieron un amplio impacto en Occidente, donde muchos psicólogos se dedicaron a perfeccionar tales instrumentos. Luria no podía prever los usos nefastos a los que se prestaría su invención cuando la NKVD se hizo cargo de ella; él no podía saber que detrás de sus trabajos acechaba el mariscal Beria. Cuando el detector de mentiras comenzó a utilizarse entre los estudiantes de la Universidad de Moscú se hablaba de “limpieza”; sólo más tarde apareció la palabra menos eufemística: “purga”. Siguiendo el ejemplo de la NKVD, también la Gestapo, la FBI y todas las policías fascistas aprovecharon de las investigaciones que ligaban el psicoanálisis con la neurofisiología. Cole menciona la ingenuidad de Luria, que soñaba con una ciencia del hombre que hiciese irrelevante la distinción entre el laboratorio psicológico y la vida cotidiana.

Al entusiasmo inicial por las nuevas corrientes de la psicología —entonces se tendía a considerar al psicoanálisis como una de ellas— siguió, después de 1925, un periodo en donde cada uno de los expositores tenía que demostrar que sus opiniones derivaban de principios marxistas. A partir de entonces nadie podía pertenecer al campo “psi” sin hacer referencia a la obra experimental de Pavlov, modelo para acercarse a la “actividad nerviosa superior”. Vigotsky y Luria nunca comulgaron con las ruedas de molino reflexológicas, aun cuando reconocían a Pavlov el valor de reservar las conclusiones a “métodos objetivos” de prueba. Pero ellos no querían dejar de lado la subjetividad, la conciencia y ese saber al que habían sido inducidos por Freud, el saber inconsciente, que podían poner a prueba con los métodos de asociación en condiciones experimentales. Luria y Vigotsky tuvieron la osadía de cuestionar la generalidad de la teoría fisiológica pavloviana como aplicable a la conducta integrada del ser humano. Su rechazo al modelo del cerebro como “conmutador telefónico” habría de traerles serios problemas y, finalmente, llevaron a la primera retractación y autocrítica de Luria en los años treinta (al mismo tiempo que lo hizo Shostakovich). De todos modos, en ningún momento Luria modificó sus ideas en cuanto a la necesidad de una aproximación y de un método clínico para la investigación en psicología, tanto normal como patológica. No podemos dejar de mencionar que también por esos años Luria fue el consejero psicológico de Serguei Eisenstein en cuanto a los efectos que producían las imágenes proyectadas en la pantalla cine-

matográfica. Eisenstein los necesitaba, a él y a Vigotsky, para que lo asesorasen sobre la traducción de los conceptos del materialismo histórico en imágenes visuales y también para evaluar los efectos de las películas sobre las distintas audiencias (estudiantes, campesinos, trabajadores) y su efectividad para conseguir los objetivos perseguidos por el director.

En su libro *La naturaleza de los conflictos humanos*, publicado en 1930 en ruso y en 1932 en inglés, Luria, que ya había sido llevado a tomar distancias con el psicoanálisis y a renunciar a sus cargos en las instituciones que él mismo había fundado (hasta 1927 fue secretario de la Sociedad Soviética de Psicoanálisis) realiza una conciliación (“arreglo”, *sporyadok*, esa palabra que tan difícil le resultaba a Z.) entre una especie de neofreudismo experimental y los enfoques clínicos descriptivos para el estudio de la mente y de las emociones. Escribe Cole:

Si bien Freud y Jung son muy poco citados en la monografía, el hecho no constituye un desaire monumental sino, para decirlo mejor, una terca insistencia para que el registro histórico no sea totalmente cancelado. La misma característica de la producción de Luria se pone en evidencia más tarde cuando escribe el artículo dedicado al psicoanálisis en el volumen 47 de la *Gran Enciclopedia Soviética*. En una descripción más o menos adecuada de los conceptos principales y de la historia del psicoanálisis, afirma que el método psicoanalítico para estudiar las mociones pulsionales inconscientes es una contribución capital. Su crítica más fuerte al psicoanálisis como sistema general recae sobre el peso que se asigna a las pulsiones biológicas en la determinación de la conducta con desvaloración de la significación de los factores culturales que resultan de la evolución histórica ⁴⁸.

Es notable en ese escrito cómo Luria se las arregla para decir todo lo que él consideraba que era cierto y al mismo tiempo ser autocrítico. Estaba dispuesto a hacer concesiones en los puntos en que menos importaba.

En 1936 fue juzgado por sus colegas y en una publicación oficial aparece la frase: “Debe decirse que el profesor Luria, como uno de los representantes de la teoría histórico-cultural, no ha considerado necesario admitir sus posiciones teóricas equivocadas ante nuestro comité ⁴⁹”.

Fue en esas circunstancias cuando el deseo del padre (no sabemos si para entonces aún vivía) fue satisfecho por la presión de las circunstancias y Luria se decidió a terminar los estudios de medicina iniciados tanto tiempo antes. Rápidamente completó su entrenamiento médico y pasó a un campo más tranquilo, menos peligroso, el de la clínica neurológica. Cerrado para él el camino de la psicología del desarrollo (nunca pudo publicar sus trabajos sobre la psicología de los gemelos porque entraba en contradicción con las doctrinas oficiales en materia de genética), cerrada para él la investigación transcultural (había hecho en 1933 y 1934 dos expediciones antropológicas al Asia Central para estudiar a los kirguises y mongoles, cuyos resultados tampoco pudieron publicarse hasta fines de

la década del sesenta por motivos ideológicos) (*Lady Macbeth en Siberia!*), quedaba abierta la ruta para investigar la relación entre sus posiciones teóricas en el campo de la psicología y los trastornos de los pacientes con patologías del lenguaje. Cuando estalló en Rusia la Segunda Guerra Mundial, Luria era ya reconocido como neurólogo y se dedicó intensivamente al trabajo con heridos de guerra. Al terminar la guerra contra el fascismo y ya en el marco de la Guerra Fría, a comienzos de 1950, Aleksandr Romanovich fue despedido del Instituto de Neurocirugía.

Bloqueado para trabajar con niños, con analfabetos, con lesionados del cerebro, se volcó al trabajo con retrasados mentales. En muchos aspectos la década de 1948 a 1958 debe haber sido uno de los periodos más difíciles en la vida de Luria. No sólo estaba trabajando en su tercera o cuarta área de especialización científica sino que también debía enfrentar difíciles restricciones sociales y científicas ⁵⁰....

En su campo debía adherirse estrictamente al programa científico pavloviano. Esta situación era particularmente insoportable para Luria, aun cuando él había acordado seguir el modelo. Pero no bastaba con el acuerdo en tales asuntos. Una buena medida de la seriedad y de la estrechez de miras de esta "Revolución pavloviana desde arriba" está dada por la comparación de las autocríticas de Aleksandr Romanovich en las reuniones de comienzos de los cincuenta con sus pronunciamientos análogos en las ocasiones similares de los años treinta. Ahora él ya no podía hacer exposiciones de sus posiciones fundamentales; sólo le estaba permitida la evaluación (auto)crítica. Ahora debía afirmar que su trabajo sobre la afasia y sobre la restauración de las funciones cerebrales era básicamente incorrecto porque había fracasado en la aplicación de la enseñanza pavloviana, sin que se especificase qué rama de la fisiología pavloviana podría haber aplicado o servía para esas cuestiones. Y acabó por decir, en 1950: "Sólo con la ayuda de un detallado análisis fisiológico de los hechos psicológicos, aun los más complejos, podemos construir una teoría materialista de los procesos psicológicos del hombre; y esto se aplica tanto a la psicología general como a la psicología médica ⁵¹".

Toda la producción de Luria en esos años está cargada por la misma contradicción: sus textos abundan en referencias y en reverencias al pavlovismo, mientras que las afirmaciones que hace parecen contradictorias con esa postura. Sus textos, dice Cole, requerirían de una traducción a su propio lenguaje teórico, pero desgraciadamente, en los cincuenta, los psicólogos soviéticos no estaba en condiciones de hacer tales traducciones. (¿Qué escribía Z. después de su grave lesión cerebral, cuando no podía ni siquiera leer los miles de páginas que salían de su pluma?).

En 1958 Luria fue restituido a su puesto en el Instituto de Neurocirugía, volvió a tener altos cargos en la psicología soviética, viajó al exterior, tradujo e hizo traducir numerosos textos al ruso y del ruso, escribió artículos en cinco idiomas (incluyendo el español) y llegó a ser el más conocido de los psicólogos soviéticos en Occidente. Lo mismo sucedió con Shostakovich tras las muertes de Stalin y de Prokofiev. De todos modos guardó siempre una extrema reserva acerca de los acontecimientos de su vida. Cole, como testigo, dice: "Respuestas plenas, discusión verdadera, es algo que raramente pude tener con él. Su inclinación precoz hacia los conceptos psicoanalíticos pasaban como un capricho infantil. Sus innovaciones metodológicas quedaban como un medio a través del cual él había tropezado con el detector de mentiras. Todo era cierto, pero todo era equívoco ⁵²".

A nuestro juicio, Cole ha desperdiciado las fuentes más importantes, aquellas en las que me he centrado en este artículo. Cole omite en su epílogo casi totalmente la referencia a los dos trabajos más importantes que dan la clave de la vida de Luria, los fascinantes casos de la "ciencia romántica". Con un poco más de perspicacia, creo, hubiera encontrado ese elemento unificador y explicativo de la coherencia de una carrera marcada por las incoherencias y hubiera encontrado que Luria había hecho lo mismo que el ministro en *La carta robada* de E. A. Poe. Había puesto la carta en el lugar más evidente porque así la haría ostensible y, a la vez, nadie sabría verla.

O habría que pensar en las tesis de Leo Strauss :

La persecución... da origen a una técnica peculiar de escritura y, de tal modo, a una literatura peculiar en donde la verdad acerca de todos los asuntos cruciales se presenta sólo entre líneas. Esa literatura se dirige, no a todos los lectores, sino sólo a los confiables e inteligentes. Tiene todas las ventajas de la comunicación privada sin tener la mayor de sus desventajas —la de llegar solamente a los conocidos del autor. Tiene todas las ventajas de la comunicación pública sin tener la mayor de sus desventajas —la pena capital para el autor ⁵³.

Este trabajo estaba ya terminado, incluyendo las conclusiones que lo cierran, cuando recibí del doctor Mark Solms un ensayo titulado "Freud, Luria y el método clínico ⁵³". Este largo artículo es el trabajo más detallado e iluminador que se pudiera imaginar sobre nuestro héroe (de Solms y mía). Después de leerlo pude comprender la relación entre Luria y Freud, más allá de lo puramente biográfico, más claramente que nunca y pude confirmar mi idea básica de que Luria fue forzado a abjurar del psicoanálisis pero que nunca lo abandonó, a pesar del artículo que escribió en 1940 para la *Gran Enciclopedia Soviética* y en el que, nos dice Solms, "él descartaba al psicoanálisis como una 'teoría errónea solidaria del círculo de la

ciencia [burguesa] de vanguardia' fundándose en que el psicoanálisis 'biologiza el complejo estado de la conciencia, determinado históricamente, del ser humano'". Tal como lo argumenta de modo convincente el propio Solms, las afirmaciones que hemos transcrito, procediendo de alguien tan profundamente compenetrado con los conceptos psicoanalíticos, constituyen

... una representación llamativamente ingenua e incorrecta de la teoría y de los métodos de la investigación analítica ... El súbito cambio en las convicciones de Luria podría explicarse fácilmente. Su abandono (ostensible) del psicoanálisis era indudablemente el resultado de las presiones políticas e ideológicas y no de los desarrollos en su pensamiento científico ... Ese aparente cambio de dirección era poco menos que un cambio en la *terminología* ... *Luria continuó aspirando a las mismas metas científicas, utilizando los mismos métodos fundamentales, durante su periodo neuropsicológico* (itálicas de Solms).

Esta continuidad de fondo en medio de un cambio aparente en los intereses teóricos no era un secreto para nadie interesado en los trabajos de Luria y en su papel en el desarrollo de la psicología soviética. Vivía él todavía cuando el *New York Times Review of Books* publicó un artículo de D. Joravsky que, comentando cuatro libros de Luria que venían de ser publicados en inglés, decía:

Los motivos de Luria no están en discusión. Simplemente trato de correlacionar su actividad profesional oscilante con el contexto social cambiante, no con sus pensamientos íntimos, a los que no conozco ... De hecho, él cambió unas cuantas palabras mientras proseguía con la sustancia de su trabajo anterior ... En síntesis, Luria siempre se las arregló para mantener su identidad profesional mientras se adaptaba a los requerimientos de las autoridades exteriores ⁵⁵.

¿No era esta la misma posición y la misma disposición que la de Shostakovich?

En la misma reseña, Joravsky dedica un breve párrafo a *El hombre con el mundo hecho añicos*. Yo no llegaré al extremo de decir que en su artículo Joravsky intuye una metáfora autobiográfica en la vida de Z. y que Luria presentaría, a través de Z., su propia vida como investigador, pero vale la pena destacar el modo en que el comentarista del libro describe el mundo de Zazetsky:

(El paciente de Luria) ... cuyo sueño de llegar a ser un ingeniero exitoso fue arruinado por la lesión que tuvo durante la guerra sobre las partes de su cerebro capaces de resolver los problemas ... podía percibir el desconcierto que su discurso incoherente y sus movimientos anormales provocaban en los demás. Su lucha por seguir siendo humano se condensaba en un esfuerzo, sólo él en un cuarto, para escribir sus experiencias en cuadernos, para trascender su mundo lleno de vacío y amnesia ... Esta visión de un desafío solitario como lo esencial del hombre puede ser tan extraña a Luria como a Watson o a

Skinner. Pero tal parece, sesgada y adecuadamente, la visión del *hombre con el mundo hecho añicos*, lo que me lleva a la esperanza de que la experiencia peculiarmente soviética de Luria como estudioso y erudito pudo haberle dejado la enseñanza de un sentido más amplio de lo humano. Él ha colaborado para la reubicación de la mente (del espíritu) en la psicología.

Solms nos informa también de una comunicación personal que le hizo Oliver Sacks en 1987, ulteriormente corroborada por el propio Sacks⁵⁶ en 1990, según la cual Luria “se sentía capaz de decir en *cartas* mucho de lo que (exterior o interiormente) sentía que no podía dar a la imprenta” (p. 184). Como prueba, cita una carta escrita por Luria acerca de un paciente de Sacks en la que Luria “se refiere a ‘la estructuración del superyó [del paciente]’ así como a la ‘introyección de la voz del padre como tic’ [sufría de un severo síndrome de Gilles de la Tourette]” (p. 186).

Por mi parte, creo que este documento es la prueba de lo que la mayoría de los estudiosos occidentales que han investigado los destinos del psicoanálisis en los diferentes países y particularmente en la Unión Soviética han discernido con claridad: que a través de la vida y la obra de A. R. Luria, la brasa ardiente de los objetivos del psicoanálisis continuó encendida bajo una gruesa capa de cenizas, bajo una terminología pseudoneurológica y supuestamente experimental.

7. PARA CONCLUIR

Nuestra tesis: al margen de la existencia real o ficticia de los dos casos que dieron lugar a los dos libros, uno, *Sh.*, el hombre de la memoria extraordinaria que se pasa la vida esperando el momento en que pueda “empezar a hablar”, el momento en que se producirá ese acontecimiento particularmente hermoso que él espera y que le permitirá reunirse consigo mismo acabando con la disociación entre “yo” y “él” y, otro, *Z.*, el hombre que no puede recordar pero que escribe miles de páginas que ni él mismo puede leer, el hombre que, a pesar de su severa lesión cerebral impuesta por la historia “seguirá luchando”, *ese hombre duplicado, el de la poca y el de la mucha memoria...* es el propio Luria. Lo que se nos presenta como una palmaria evidencia, después de la lectura de los casos, de la autobiografía, de las notas de diccionario, de los testimonios, es que Aleksandr R. Luria, el investigador ocupado por la cuestión de la identidad, de la imaginación y de la memoria, el autor de estas dos novelas pertenecientes a la “ciencia romántica”, es el verdadero protagonista de los dos relatos escritos hacia el final de su vida. Es para dar cuenta de su itinerario secreto que él hace públicas estas “memorias”, la del amnésico que escribe para seguir siendo humano y la del hipermnésico que escribe para poder olvidar y para librarse de una memoria funesta, cuya máxima aspiración es la de hacer actuar su deseo y extirpar los parásitos que su memoria ha registrado. Tomando esos “casos”, que son paradigmas de una condición dramática,

la de sí mismo, la de alguien que no sabe qué hacer o cómo transmitir sus recuerdos y su historia, el doctor Luria ha hecho público el testimonio fulgurante de su propio camino y de la historia de su relación con Freud y con el psicoanálisis, "olvidado" durante los años que le tocaron vivir desde el fin de los tiempos del entusiasmo que siguieron al comienzo de la Revolución hasta el día de su muerte. La atenta lectura de los casos de Sh. y de Z. muestran que el olvido de los nombres propios, como el de Signor-elli (Freud), es en realidad una cuidadosa conservación que tiene que respetar las leyes impuestas por la censura. En alguna parte dice Borges que "hay algo que no hay, y es el olvido".

Recordemos la frase final del prólogo que escribe Luria para el libro cuyo supuesto autor es Z. (pero no en el momento de inscribirlo en el ISBN, donde queda bien claro que el autor es Luria mismo) el amnésico: "*In the long run he won his fight*". ("A la larga él ganó su batalla") ¿Él? ¿Quién? ¿Verdaderamente la ganó? ¿A qué precio?

¿Zazetzky? ¿Sherashevsky? ¿Luria? ¿Qué hacer con la memoria durante los años de la vida aplastada? ¿Cómo dejar un testimonio de los recuerdos de un psicoanálisis del que se ha renegado y al que se ha conservado en lo más íntimo de la experiencia sufriente? ¿Podrá todavía Luria ganar su batalla?

NOTAS

- 1 Este artículo forma parte de un libro que llevará por título *De memoria*.
- 2 Richard L. Gregory (ed.) *The Oxford Companion to the Mind*, Oxford, Oxford University Press, 1987, 441.
- 3 Elisabeth Roudinesco y Michel Plon, *Dictionnaire de la Psychanalyse*, París, Fayard, 1997, 633.
- 4 Aleksandr R. Luria (en adelante 'Luria') *The Man with a Shattered World. The History of a Brain Wound*. With a Preface by Oliver Sacks, Cambridge, Ma., Harvard University Press, 1972. (En adelante, *The Man*, y el número de página.)
- 5 Luria: *The Making of Mind. A Personal Account of Soviet Psychology*. Michael and Sheila Cole (eds.), Cambridge Ma. y Londres: Harvard University Press, 1979, 174. (en adelante *The Making*.)
- 6 Luria: *The Mind of a Mnemonist. A Little Book about a Vast Memory*, con un Nuevo prefacio de Jerome K. Bruner Cambridge, Ma. y Londres. Harvard University Press, 1987.
- 7 Luria: *The Man*, xii.
- 8 Luria: *The Man*, xiii.
- 9 Luria: *The man*, xix.
- 10 Luria: *The Mind*, x.
- 11 Luria llegó a conocer el texto de Borges después de publicar su libro con el relato del caso de Sh. Por esa razón comete un error que puede parecer divertido: dice que casos de hipermnnesia como el de su paciente han sido abordados "desde una perspectiva imaginaria como en el cuento de Jorge Luis Borges 'Funes el memorioso' donde se repiten algunas de mis observaciones sobre Sh.". (*The Making*, p. 187). Si Luria hubiese comparado las fechas se hubiese llevado una buena sorpresa al enterarse de que el escritor argentino mal podía "repetir" a su Sh., pues la publicación del cuento de Borges tuvo lugar en 1944 mientras que la primera edición del libro de Luria es de 1968, cuando el psicólogo ruso decide que "ha llegado el tiempo para hablar" de cosas que antes había callado. Hay, sí, muchas coincidencias entre el caso "real" y el caso "ficticio" que lo precedió por décadas.
- 12 Luria: *Ibid.*, 71.
- 13 Luria: *Ibid.*, 155.
- 14 Luria: *Ibid.*, 154.
- 15 Luria: *The Man*, xi.
- 16 L. Zazetsky: "From the author," en *The Man*, xxii. Obsérvese el título de este tercer prólogo que nos permite recalcar la ambigüedad que caracteriza al volumen entero ¿Quién es el autor de este 'From the author'? Está indefinido y no puede decirse a ciencia cierta si el autor de estas líneas es el médico cuyo nombre aparece en la portada o el paciente (en el caso de que fuesen dos diferentes).
- 17 Luria: *Ibid.*, 37.
- 18 Luria: *Ibid.*, 38.
- 19 Luria: *Ibid.*, 43.
- 20 Luria: *Ibid.*, 54.
- 21 Luria: *Ibid.*, 58.
- 22 Luria: *Ibid.*, 64.
- 23 Luria: *Ibid.*, 67.
- 24 Luria: *Ibid.*, 73.

- 25 Luria: *Ibid.*, 75.
- 26 Luria: *Ibid.*, 77.
- 27 Luria: *Ibid.*, 83-86.
- 28 Luria: *Ibid.*, 86.
- 29 Luria: *Ibid.*, 98.
- 30 Luria: *Ibid.*, 100.
- 31 Luria: *Ibid.*, 111.
- 32 Luria: *Ibid.*, 124, 125.
- 33 Luria: *The mind*, Prólogo, xx.
- 34 Luria: *Ibid.*, v.
- 35 Luria: *Ibid.*, 124, 125.
- 36 Luria: *Ibid.*, 156.
- 37 Luria: *Ibid.*, 157.
- 38 Luria: *Ibid.*, 159, 160.
- 39 Luria: *The Making* 17.
- 40 Luria: *Ibid.*
- 41 Luria: *Ibid.*, 18, 19.
- 42 Luria: *Ibid.*, 23.
- 43 Luria: *Ibid.*, 24.
- 44 Luria: *Ibid.*, 30.
- 45 Luria: *Ibid.*, 187, 188.
- 46 Luria: *Ibid.*, 189.
- 47 Michael Cole: En Luria, *The Making*, 198.
- 48 Cole: *Ibid.*, 211.
- 49 Cole: *Ibid.*, 217.
- 50 Cole: *Ibid.*, 219.
- 51 Cole: *Ibid.*, 220.
- 52 Cole: *Ibid.*, 224.
- 53 Leo Strauss: *Persecution and the Art of Writing* [1952], Chicago y Londres, Chicago University Press, 1980, 25.
- 54 Mark Solms: "Freud, Luria and the clinical method," *Psychoanalysis and History* 2 (1), 2000: 77-109
- 55 David Joravsky: "A great Soviet psychologist," *New York Review of Books*. 16 de mayo de 1974, 21: 22-25.
- 56 Oliver Sacks: "Luria and Romantic Science," in E. Goldberg (ed.) *Contemporary Neuropsychology and the Legacy of Luria*, Hillsdale, N. J., Lawrence Erlbaum Press, 1990, 181-194.